

La vajilla estaba sobre la mesa, apilada; seis juegos de platos y otros tantos de cubiertos holgazaneaban, quizás derrotados por las continuas horas de sol y calor. Ante el balcón abierto la cortina ondeaba ligeramente, como la bailarina de una pequeña caja de música infantil, y a través de los cristales se perfilaba el monte, con sus sonidos de verano.

La semana anterior Iván y su esposa se habían internado más allá de los límites del pueblo, por el camino de tierra de la avenida de las Aguas en busca de espigas secas con las que poder decorar su piso. No importaba que la construcción fuera moderna, ambos habían nacido en casa de pueblo y, en cierto modo, guardaban respeto a las tradiciones, siempre marcadas por el calendario. Un enorme círculo rojo marcaba la fecha de aquel día, recordando la reunión familiar.

Del baño procedía el eco de una navaja al afilarse contra el cuero, a Iván le gustaba que el afeitado fuese perfecto, señal de respeto. Su rostro de casi cincuenta años estaba parcialmente oculto por el jabón, revelando claros por las zonas donde pasaba la cuchilla; los pelos de las axilas se reflejaban a su vez en el espejo, puesto que no los cubría la camiseta interior que llevaba. Sus ojos eran de un color azul intenso, y con ellos se había ganado esa fama de galán soltero hasta que se casó. «Que no se me olvide que Olga me ha pedido flores».

Y así era, su mujer, antes de salir de viaje para recoger a su hija, yerno y dos nietos le había pedido que encargara unos ramos y coronas de flores en el vecino pueblo de Daganzo de Arriba, donde Iván trabajaba en una de las empresas de construcción de los polígonos. Todos los días hacía la misma ruta de ida y vuelta desde Ajalvir, pero esa mañana había cambiado el turno para poder recibir a su familia. Un compañero de trabajo, Pepe, que vivía en Torrejón de Ardoz, había quedado en comprarlas y acercárselas.

Iván se acabó de quitar los restos de jabón con agua y se secó la cara con una toalla azul. Un ligero olor a quemado hizo que asomara la cabeza por la puerta en dirección a la cocina, pero rápidamente percibió que este entraba por la ventana. «Seguramente alguien esté quemando rastrojos», pensó, y se encogió de hombros, pues la semana anterior se había acordado en el pleno municipal la limpieza del cerro para evitar incendios.

En su dormitorio la luz jugaba caprichosa con las prendas de vestir que estaban sobre la colcha de la cama. La camisa, el pantalón y la corbata parecían dudar sobre si pedirle o no un baile al traje blanco de Olga, extraña danza provocada por las sombras de unas nubes grises altas que se aproximaban a la villa. Sin embargo, en el cuarto de invitados todavía brillaba el sol, alegría de los regalos que aguardaban a los que estaban por llegar.

Entretanto, una melodía daba vida en el salón a las protagonistas de aquel filme que se había alzado con el Oscar a la mejor película extranjera en 1980. Para Iván y Olga el vinilo era parte de su infancia, por lo que la música de aquel tocadiscos transportaba en ese instante al pequeño Ajalvir al centro de una gran ciudad, más concretamente a un enorme rascacielos, al ritmo de un *Bésame mucho*.

Y besar era algo que conmovía a Iván cuando regresó al salón, ya sin camiseta interior debido a las altas temperaturas. Como consecuencia de la pandemia hacía cuatro años que no veía a su hija y nietos, y aquella melodía lo devolvía al hogar. Como otros tantos, habían tenido que emigrar; la agricultura, por muchos puestos de trabajo que creara, era altamente inestable. Y del campo a la ciudad, y de la ciudad a la capital, siempre la misma canción. Ruta de trenes y autobuses, de carreteras y hoteles. De todas partes, pero de ninguna en concreto. Así lo confirmaban los tatuajes que surcaban su espalda, el mapa de accidentes de su vida.

El humo del cigarrillo que se apagaba en su boca no disimulaba aquel olor a brasas, e Iván oteaba el horizonte de su ventana, extrañado, pero la vegetación le devolvía una estampa en calma, incluso podía alcanzar a oír el canto de alguna cigarra entre los ritmos del tocadiscos. Estaría cansado, inquieto por estar solo en el piso. Ya se lo dijo su abuela al fallecer su padre: «la soledad produce fantasmas». Sin embargo, en el entierro conoció a una joven Olga, y el dolor de la pérdida se hizo un poco más ligero.

«¿Sabes qué me gustó de ti?». El verano le devolvía a su esposa veinteañera. «Ese rostro ausente, apacible y en paz. Siempre nos hablaron de posibles conflictos, pero tú eras como mi *Plácido Don* de aquella novela de juventud». Iván jugueteaba con las tapas de la obra de Shólojov, en el sofá. Olga se la había dejado junto a aquella flor seca que en su momento formó parte de la petición de mano, pero él nunca había conseguido avanzar más allá del segundo tomo.

Sobre la mesa vibró el teléfono. Era Pepe enviándole una foto de las flores que había en la tienda. Iván le dijo cuáles quería y este le contestó que no podrían tomar nada en el bar, puesto que su novia le había preparado una buena paella y estaba muerto de hambre. La aguja del vinilo siseaba, anunciando que la cara A había finalizado. Antes de despedirse, quedaron en que al llamar al telefonillo Iván dejaría la puerta entreabierta, de forma que Pepe simplemente dejase las flores en el pequeño recibidor, sin perder tiempo.

Desde la plaza de la Villa llegaba el sonido de las campanas de la torre de la iglesia de la Purísima Concepción. Iván identificó el sonido inmediatamente y se acordó de doña Amparo, que llevaba más de medio año ingresada en la UCI. «Que descanse en paz», rezó en voz alta. Rápidamente la habitación se bañó en la música de la cara B y el tañer quedó amortiguado, pero aquel olor iba en aumento.

Con las manos nerviosas y la frente sudorosa comenzó al fin a colocar los platos, las servilletas y los cubiertos. Cada una de las piezas de plata llevaba grabada las iniciales de los miembros de la familia. Iván acarició su cucharilla con mimo, regalo de su padre. Pese a no lucir tan brillante como debiera vio sobre su superficie la sonrisa paterna. Un objeto tan pequeño, pero cargado de historia. «Cuando tengas hijos, lo entenderás». Este nunca llegaría a conocer a su esposa o a su nieta, aunque en cierta forma, estaba presente, en el recuerdo.

Y ahí estaba él ahora, un abuelo. Olga solía tomarle el pelo y torturarlo con el peso de los años, pero eso fue hasta que los vio crecer a ambos. Los soldaditos de plomo, los castillos o los indios y vaqueros le brindaron una suerte de segunda infancia, lejos de las carencias del pasado. Su mujer adoraba verlos jugar mientras bordaba o preparaba una cena ligera, y por las noches el matrimonio disfrutaba vigorosamente de aquella juventud robada, entre las sábanas. Pero llegaron las mudanzas, los traslados y los distintos trabajos que cada vez habían distanciado más aquellos encuentros familiares. «Por lo menos podemos reunirnos ahora», pensó. La mesa estaba lista y el jarrón esperaba la llegada de las flores.

El segundero se movía lentamente en el reloj de la pared, horas de verano que pesan. El calor era insoportable e Iván se lavó la cara, sin secársela, dejando que las gotas de agua refrescaran la piel de su torso. Accionó el botón del ventilador y se asomó a la ventana, donde una mosca trataba de entrar. Ramón, el hijo menor de su

vecino, pasaba apresuradamente por delante del edificio, del número 11 de la calle Escalerillas, en dirección a la parada del autobús. «Es casi la hora de comer, ¿a dónde irá?», se preguntó Iván, y dejó caer las cortinas.

El telefonillo sonó, sobresaltándolo. Como habían acordado, descolgó y abrió, pero seguían insistiendo.

—Coño, Pepe, sube de una vez —gritó por el auricular, sin más miramientos.

Inmediatamente se sintió mal, y decidió esperarlo junto a la puerta abierta para disculparse. Los pasos se acercaban, pero distinguía más de la cuenta, y pronto vio aparecer ante él dos personas uniformadas, un hombre y una mujer de la Guardia Civil.

—¿Iván Shevchenko? —preguntó ella.

Sin embargo, Iván no contestó y les dio la espalda, internándose en su vivienda. La piel le ardía y le costaba respirar. En el salón el humo era insoportable y danzó entre las sombras como un sonámbulo. Mientras se dirigía al balcón, creyó oír una risa infantil en el cuarto de invitados junto al sonido de los regalos al ser desenvueltos. Agarró con fuerza el tirador y abrió las ventanas; el cerro entero estaba en llamas, la vegetación ardía y el aire iba cargado de cenizas.

—Ha habido un ataque en su país, en Ucrania. Su familia...

La guerra, la guerra había llegado y lo devoraba todo. No entendía de nombres, derechos o normas, ni de recuerdos, sueños o esperanzas. Iván solo oía el fuego y la voz de su mujer, llamándolo. Ya no habría más besos, caricias o susurros, ya no habría broncas por llegar a deshora ni disputas por la falta de dinero. Aquella cruda cotidianeidad que compartían era una nada que jamás volvería a ser. Iván se volvió hacia los agentes, y entonces los vio, en el humo.

Olga lo miraba fijamente sentada en el sofá, junto a su libro favorito, con esos ojos que tanto amaba cargados de dulzura. Su hija y su yerno llevaban la comida a la mesa, y sus dos nietos correteaban de aquí para allá haciendo de piratas. Sin embargo, aquel embrujo duró un instante, como la paz, y la realidad de la guerra le devolvió los juegos de platos y cubiertos y aquel jarrón para las flores, vacío. El tema principal de aquella película soviética que hablaba de amor y no de odio tronaba sus acordes finales en el tocadiscos, antes de apagarse: *Moscú no creía en lágrimas*.